

Con una piedra, empinada sobre las puntas de los pies, aporreó el postigo de la ventana hasta que cedió a los golpes.

—¡Canalla! ¡Mal hombre! ¡Dame mi hijo! ¡Quiero mi hijo!

—¡Made! ¡Maa...de...ee!—gimoteó el niño.

—¡Hijo mío! ¡Mi hijo, dame mi hijo!—se desgañitaba Irene asida a los barrotes del ventanuco.

—Tu hijo, tu hijo...Y mío también ¿no?—prorrumpió la obscuridad de la casucha entre risotadas.

Felipe entró en la alcoba, cogió al niño, lo apretó contra su pecho y lo besó. Zollipaba el nene, y la madre seguía demandando:

—Dáme mi hijo, mal hombre. ¡Mi hijo!

—Y mío también ¿no?—volvió a inquirir el recelo del borracho.

Y respondía la maternidad exacerbada:

—¡Mío, mío, y muy mío! ¡Mío y solo mío!

El río Tajo cercano, gimiendo ahocinado entre canchales y talferas de sus abruptas márgenes, sonaba poblando de pavores la vacía negrura de la noche. Sonaba el río con fragor de combate, henchido de aguas revueltas, sucias, por la turbonada.

Sonaba, sonaba el precipitado correr del agua, arrastrándolo todo a su paso.

Desde el altozano y haciendo contrapunto al bronco sonar del río, la fina voz cantante de la ronda, dardeó galleando entre rasgueos de guitarra:

—Lavandera ¿dónde vives?

—le ha preguntado el galán—.

—Vivo donde no quisiera:

Costanilla de Alzapán...

Y la duda que se enroscaba venenosa en el orgullo de macho puesto en solfa, se abalanzó de súbito con atrozante brío sobre la excitada embriaguez de Felipe, que decidió rápido:

—Espera, perra, espera, que ahora te doy tu hijo.

Transida por la congoja lancinante de la copla, el alma de Irene, al alda-bonazo de la promesa, se abrió de par en par con júbilo esperanzado.

—¡Made, madee!

—Calla, maldito

—¡Hijo! ¡Hijo mío!

—Tómalo. ¡Ahí va!—ofrendó la sevicia beoda.

Y el llanto del niño se quebró para siempre, estrellándose en cruz, al chocar contra los barrotes del ventanuco.

EL POEMA



«¡No le toques ya más,
que así es la Rosa!»

J. R. Jiménez.

TEMOR

Poema: Rosa desprendida del alma, rosal triste de la vida. Surges en el silencio del Crespúsculo para morir con tu propia existencia y tu perfume de amor sutil es tu recuerdo Vida que se destruye por su propia belleza.

Mientras eres, en tanto alientas con el colorido pluriforme de tu espíritu, buscas te comprendan al unirse en sustancia a un corazón. ¡Calla! ¡No te manifiestes! ¡Permanece ignorado en el rincón oculto de tu propio ser! Yo te siento en mis ansias de felicidad, te adivino en toda tu fortaleza porque estás en mí, vives en mí, con la majestad incomparable de tu hermosura. Pero no hables, no viertas en mis oídos la verdad de tu reinado. Quiero que siempre puedas decirme—¡así!—que no has muerto. Quiero guardar siempre la ilusión de tu eternidad. Quiero embriagarme en tus aromas seductores, sin encontrar el bastío de tu pertenencia: esperanzas, ensueños de tu proximidad, anhelos de tu contemplación.

Oyeme, rosa—naturaleza, cielo—. Oye mi angustiada llamada y no me respondas. Sé siempre, pero no seas. Vive, pero no vivas. Está, pero no estés. Huye de mi fantasía y ven a mi realidad de tal forma que engañes mis sentidos con el recuerdo de mis esperanzas.

REALIDAD

Poema. Beldad incomparable de ignoto destino. Suma de amor y verdad que naciste para regir mi vida: ¡Nunca mueras! ¡Destruyete con tu poder oculto si alguien pretende poseerte, pero ven a mí!

ATAQUE

¡Atrás, imprudente Parca! Déjalo. Es mío. ¡Mío! ¡No le toques ya más! Nunca se acercará a tí, pues sabe de tu traición y de mi venganza. ¡Es mío! ¡Se me ofreció cuando vivía en mi corazón! No puede morir, porque conoce que su existencia es mi dicha.

POSESION

Poema: ¡Amor! Ya te tengo para siempre y contigo destruimos la Materia. Rosa de impalpables pétalos: eres así. Eres y no eres, pero existes en mí. Abre mis entrañas y extrae tu hogar, entra en mi ser para poseionarte de mi alma. Yo te defiendo, amor de mi vida, yo te comprendo, vida de mi amor. Poema, rosa, alma, amor: eres así.

¡No le toques ya más!

MIGUEL BORRACHERO.